



## APÉNDICES

---

### I.

FOX MORCILLO.

*Discurso inaugural del curso Académico de 1884 à 1885 en la Universidad de Santiago, por el Dr. D. Gumersindo Laverde y Ruiz.*

EXCMO. SR.:



QUEJADO por graves padecimientos que postran el cuerpo y abaten el vigor del espíritu, robándole la tranquilidad tan necesaria para los trabajos intelectuales, sólo en cumplimiento de un precepto reglamentario puedo presentarme ante vosotros en esta ocasión, á la par solemne y dolorosa para mí, que, más que un discurso, vengo á leeros una especie de testamen-

:

to literario. Los desaliñados apuntes con que he de ocupar vuestra benévola atención y poner á prueba vuestra sabia indulgencia, no son más que un laborioso esfuerzo para llenar este deber hasta donde es asequible á un entendimiento flaco y sin bríos, y á una imaginación desprovista de fuego y de colores.

Nunca tiene la memoria de los alegres días de la juventud tanto hechizo y halago como cuando, cano ya el cabello, las sombras del dolor anublan el alma. No extrañéis, pues, que, al tratar de elegir tema para la presente oración, haya vuelto los ojos hacia el campo en que primero ejercité la tosca pluma; hacia el vasto campo de la filosofía española.

¡La filosofía española! Ella fué, casi desde la adolescencia, el asunto preferente de mis humildes lucubraciones, á pesar del profundo descrédito en que, por entonces, había caído, ó, mejor dicho, á causa de ese mismo descrédito. Tal y tan grande era éste, que para nada la tenían en cuenta los tratadistas é historiadores de la filosofía, á la sazón en boga, no ya solamente los desafectos á la tradición nacional, pero aun aquellos en

quienes, como en el esclarecido Balmes, más viva y acendrada ardía la llama del españolismo. Impulsado por cierto instinto patriótico, que se rebelaba en mi interior contra semejante menosprecio, dime á vindicarla, encareciendo sus excelencias y aun fantaseando, para mayor realce de su fecundidad y riqueza, escuelas, ciclos y corrientes doctrinales, más ó menos conformes con la verdad de las cosas.

De poca ó ninguna consecuencia habrían sido aquellas endebles, aunque bien intencionadas, tentativas apologéticas, si otros escritores, entre ellos algunos de alto renombre, obedeciendo á los estímulos del patriotismo y del amor á la ciencia, no vinieran luego á laborear más profundamente el terreno que yo apenas había desflorado. Excuso decir el gozo que experimenté al ver cómo prosperaba el grano de mostaza. Llegó, empero, mi júbilo á su colmo cuando, obligado ya á desistir de toda suerte de empresas literarias, tuve, como en compensación, la dicha de conocer al portentoso joven, entonces obscuro, hoy célebre y celebrado en ambos mundos, propugnador acérrimo de *La Ciencia española* y caudalósísimo histo-

riador de *los Heterodoxos españoles* y de *las Ideas estéticas en España*, á cuya voz, como al conjuro de un mago, surgen continuamente de las ruinas de lo pasado tantos y tan preciosos monumentos, hasta aquí inéditos ú olvidados, de nuestra antigua sabiduría. ¡Cuán largo camino ha recorrido, desde mis débiles y premiosos ensayos hasta sus admirables obras, donde se muestra ya victoriosa é incontrastable la reacción en favor de la filosofía y de los filósofos peninsulares, antes en tan baja estima tenidos!

De uno de estos filósofos voy á daros idea, aunque somera y breve. No dudo que su nombre sonará extraño en muchos oídos. SEBASTIÁN FOX MORCILLO (que así se llama el varón insigne á quien aludo) ha sido poco afortunado en punto á lograr biógrafos y comentadores<sup>1</sup>, sin embargo de merecerlo tanto ó más que otro cualquiera de los maestros del pensamiento ibérico (exceptuados los *Dii Majores*, Séneca, Averroes y Maimónides, Lulio, Vives y Suárez). La mayor

<sup>1</sup> El artículo sobre FOX MORCILLO incluido en mis *Ensayos críticos* es tan ligero, que no invalida la exactitud de este aserto.—El tomo II de la *Historia de las Ideas estéticas en España*, donde el Sr. Menéndez y Pelayo le dedica un bello estudio, no era aún del dominio público al escribirse el presente discurso.

parte de los sucesos de su vida permanecen envueltos en nieblas; todo lo que de él nos dicen nuestros bibliógrafos y críticos, cabe en muy pocas líneas. Sus libros son tan extraordinariamente raros, que quizá no hay biblioteca en Europa que los posea todos, y, por supuesto, nadie se ha cuidado de reimprimirlos en colección ordenada y correcta, que á tanto alcanza nuestra proverbial incuria. ¿Qué más? El sapientísimo filósofo que ocupa la sagrada Cátedra de San Isidoro ofreció, no ha mucho, un premio para el Autor de la Memoria en que mejor se expusieran las doctrinas de FOX MORCILLO. ¿Creeis que allí, en la culta Sevilla, en la cuna misma de este clarísimo ingenio, nadie ha respondido al llamamiento del ínclito Prelado?

Asombro causa, en verdad, tan adversa fortuna, cuando reparamos que FOX MORCILLO, ni en su tiempo ni en la edad siguiente, fué un escritor obscuro, sino antes bien muy conocido y encomiado, como lo demuestran las triples y cuádruples ediciones que de algunos de sus libros se hicieron y los honoríficos y singulares epítetos de *filósofo presantísimo*, *elegantísimo*, *doctísimo*, *sólido*,

*fundado*, etc., con que, á porfía, le honraron, en años bastante posteriores á su muerte, críticos de tanto peso como Auberto Mireo, Gabriel Naudé, Gerardo Juan Vosio y Mr. Boivin, para quien su obra de la concordia platónico-aristotélica era la mejor y más sabia que sobre el asunto se había escrito desde el Renacimiento hasta el siglo XVIII. Y crece y sube de punto la extrañeza al considerar que los libros del humanista y filósofo sevillano, aunque bastante numerosos, son, por lo común, de poca extensión y de muy amena lectura, mostrándose el autor, no sólo pensador profundo, sino también elegante literato, y, como ahora dicen, *estilista* consumado, enriquecido con los tesoros de la elocuencia griega y latina, que él amorosamente estudiara en los Diálogos de Platón y Marco Tulio, á cuya imagen y semejanza compuso los suyos. Á casi todos ellos puede aplicarse lo que del *De Historiae institutione* dijo el erudito y malogrado investigador Sr. Godoy y Alcántara, autor de la inapreciable *Historia de los Falsos Cronicones*; es á saber: que el estilo y los procedimientos del escritor sevillano estaban, con el arte de los antiguos, en la misma relación

que, con la escultura ateniense, las obras de Benvenuto ó de Juan de Bolonia. Y realmente, al leer los diálogos *foxianos*, parece como que se respira la misma atmósfera de serenidad y buen gusto que en los de Cicerón ó en las *Institutiones* de Quintiliano. ¿Cómo explicarnos, pues, el olvido en que vinieron á caer escritor de tal nombradía y libros de tanto precio? ¿Diremos que la negra suerte que persiguió al filósofo platónico, haciéndole naufragar cuando, no cumplidos aún seis lustros, venia á España para ser maestro de un príncipe, se ensañó también con su memoria, á lo menos aquí donde más viva y enérgica debiera subsistir, para gloria y enseñanza de sus compatriotas?

Si la diligencia del famoso arqueólogo y poeta Rodrigo Caro, en su obra, todavía manuscrita, de los *Claros varones en letras de la ciudad de Sevilla*, no hubiese salvado de total olvido algunos pormenores de la vida de Fox MORCILLO, consignados luego, aunque no textual ni íntegramente, por Nicolás Antonio en la *Bibliotheca nova*, nada sabríamos del año de su nacimiento, que fué el de 1528, ni del lugar, que fué la calle de las Palmas de Sevilla. En cuanto á su linaje,

el mismo FOX MORCILLO nos advierte, en su diálogo *De informandi styli ratione*, que derivaba de la nobilísima alcurnia provenzal de los condes de Foix, á la cual pertenecía, bien que algo remotamente, uno de los caballeros franceses que asistieron á la conquista de Sevilla con San Fernando. Esta noticia, confirmada por Rodrigo Caro, deshace todas las dudas acerca del verdadero apellido de nuestro filósofo, que es, sin duda, Fox (corruptela de Foix), aunque tampoco deban rechazarse las variantes latinizadas *Foxo* y *Foxio*, que tienen en su abono la autoridad de antiguos y graves escritores.

La familia sevillana de FOX MORCILLO debía de ser tan opulenta como noble, pues dió á su generoso vástago la educación más completa en las artes liberales, primero en su ciudad natal, cuyo florecimiento literario y artístico superaba entonces al de casi todas las otras ciudades españolas, excepto Valencia y Salamanca; y luego en los Países Bajos, en la célebre universidad de Lovaina, en cuyos libros de matrículas <sup>1</sup> aparecen inscri-

<sup>1</sup> Los ha examinado mi íntimo amigo el Sr. Menéndez y Pelayo, á quien debo éste y demás datos nuevos del presente discurso.

tos su nombre y el de un hermano suyo durante dos cursos sucesivos. El mismo FOX MORCILLO, en las dedicatorias y en el contexto de algunos de sus diálogos, habla con extraordinario cariño y noble entusiasmo de sus maestros los filósofos Pedro Nannio y Cornelio Valerio y el matemático Jerónimo Frivio.

Desde este punto, toda fuente de información biográfica nos falta: la vida de FOX MORCILLO se reduce á sus libros y á la eficacia de sus doctrinas. Sólo sabemos que la reputación por él adquirida fué tal, que movió el ánimo del prudentísimo Felipe II á elegirle por maestro de su hijo el príncipe D. Carlos, prefiriéndole á tantos y tantos otros ilustres varones como en aquella dichosa edad honraban las letras españolas. Pero las olas del mar del Norte, sepultando en su seno la nave que le conducía á la Península, frustraron las esperanzas del Rey y del filósofo cuando éste no había traspuesto aún los linderos de la juventud.

Trece son las obras, escritas todas en latín, que vinculan á la posteridad el nombre del filósofo sevillano; y para ocuparnos, aunque brevemente, en su estudio, con-

vendrá dividir las en dos secciones. Á la primera pertenecen las literarias; á la segunda, las filosóficas. En el grupo literario incluimos la titulada *In Topica Ciceronis paraphrasis et scholia*, primer ensayo de Fox MORCILLO, compuesto á los veintidós años de edad, dedicado al prócer sevillano Don Perafán de Ribera, é impreso en Amberes en 1550; y los dos bellísimos diálogos retóricos *De imitatione, sive de informandi styli ratione* (Amberes, 1554) y *De Historiae institutione* (París, 1557). Las diez obras restantes, ya originales, ya comentarios de las de Platón, abarcan, casi íntegro, aunque en una forma libre, el sistema de las ciencias filosóficas, y pudieran graduarse y eslabonarse del modo siguiente. El libro *De studii philosophici ratione* (Amberes, 1621), dedicado por el autor á su hermano Francisco, sirve de introducción general y como de propedéutica á la doctrina de Fox MORCILLO. Su parte lógica se contiene en los *De demonstratione, ejusque necessitate ac vi* y *De usu et exercitatione dialecticae* (Basilea, 1556): su Física y su Metafísica, en el *De naturae philosophia, seu de Platonis et Aristotelis consensione*, en el *In Platonis Timaeum, seu*

*de Universo commentarius* (Basilea, 1554), y en el *In Phaedonem Platonis, seu de animarum immortalitate* (Basilea, 1556): su Moral y su Política en el *Compendium Ethices* (Basilea, 1554), en el comentario á la *Republica*, que anda impreso con el *Phedon*, en el tratado *De Regno et Regis institutione* (París, 1557), y en los breves diálogos *De Juventute* y *De Honore*, dados á luz con el libro *De Demonstratione*, y el segundo de ellos traducido al francés por Francisco Barraud (París, 1759).

No cabe en los reducidos límites de esta disertación académica un estudio detenido y minucioso sobre tantos y tan variados libros. Pasaremos, pues, rápidamente por los que no son de índole filosófica pura; y aun en los de filosofía atenderemos sólo al principio capital que los enlaza y que constituye la mayor gloria y originalidad de Fox MORCILLO.

No se propuso nuestro sabio ilustrar todas las partes de la Retórica siguiendo servilmente las huellas de los antiguos, sino tratar solamente de la imitación y del modo de formar el estilo, para lo cual imaginó un coloquio socrático entre su hermano y un con-

discípulo suyo, español también, á quienes presenta paseando y conversando por los alrededores de Lovaina.

Admite FOX MORCILLO el principio de imitación; pero ¡de qué manera tan amplia y libre la entiende, á pesar de las preocupaciones clásicas de su tiempo! No la hace consistir, ciertamente, en apropiarse ajenos períodos y sentencias, formando un centón y cayendo en el plagio, sino que busca su raíz y fundamento en una oculta semejanza psicológica, en una simpatía de naturaleza entre el imitador y el modelo (*in naturae similitudine*). Toda cosa se hace á semejanza de otra, y Dios mismo creó el mundo conforme á su Idea ejemplar. El que por naturaleza es seco, de pocas y mal trabadas razones, ¿cómo ha de pretender imitar la pompa, el número y la verbosidad de Cicerón? Al contrario, el que propende á la afluencia y gala del estilo, ¿podrá ceñirse á la brevedad de Salustio ó al austero y nervioso laconismo de Tácito? Además, el estilo debe acomodarse á las cosas de que se trata, sometiendo la forma á la materia y no la materia á la forma.

Para FOX MORCILLO, por consiguiente, tiene la teoría del estilo una parte subjetiva y

otra objetiva, cumpliéndose en éste, como en los demás puntos de su enseñanza, el principio de conciliación armónica, á que rinde constante culto. La belleza de la forma literaria nace de la conjunción perfecta entre el objeto del discurso y la índole del escritor. La sentencia de Buffon: *el estilo es el hombre*, á la cual corresponde esta otra de FOX MORCILLO: *es más fácil conocer el interior de un hombre por su estilo, que por su rostro ni por su trato*, sólo expresa el elemento subjetivo; no nos da más que la mitad del concepto del estilo. Nuestro humanista le completa y redondea con este otro aforismo: *naturam subjectae rei observare*. Sólo así logrará unidad la composición, á semejanza de la Idea, que liga todas sus partes en el entendimiento.

Es de notar asimismo en este diálogo la libertad de espíritu con que FOX MORCILLO, sin embargo de ser ciceroniano fervoroso, no recomienda exclusivamente la imitación de Marco Tulio, sino que pone por ejemplares dignos de estudio á todos los autores latinos que florecieron desde el Príncipe de la elocuencia hasta Quintiliano, y á todos los griegos desde Platón hasta Plutarco.

Completa las especulaciones literarias de

FOX MORCILLO su bello tratado *De Historiae institutione*, en que expuso una verdadera teoría del arte histórica, más cabal y filosófica que las que en Italia habían ensayado Pontano, Patricio y Robortello. Definió la historia: «narración culta, elegante y verdadera de algún suceso, para que su conocimiento se imprima hondamente en el ánimo de los hombres, perpetuándose, consignadas en los monumentos históricos, las cosas, de suyo frágiles y perecederas». Se aparta *toto coelo* de la opinión de los que sienten que el argumento de la historia ha de ser agradable al lector; y él, por su parte, enseña que todo debe contarse, aunque parezca áspero, duro é inameno, puesto que al historiador no le es lícito elegir entre los hechos, ni omitir nada digno de saberse, por más que favorezca á la parte contraria y sea, para nosotros, molesto y peligroso.

Si Bacon llamó á la Geografía y la Cronología *ojos de la historia*, FOX MORCILLO, aun concediéndoles importancia suma, exige, con espíritu filosófico, algo más que la distinción de los lugares y tiempos, la investigación de las causas de los hechos y de los pensamientos humanos. No circunscribe la

historia á la estéril y desabrida tarea de contar genealogías de príncipes y sangrientas batallas; quiere que su mayor interés se cifre en dar á conocer las vicisitudes de las leyes, los conflictos y sediciones populares, la fundación de colonias, las navegaciones y los descubrimientos; en una palabra, todos los elementos y aspectos de la civilización. Semejantes ideas, tan comúnmente recibidas hoy, aunque todavía haya no pocos historiadores que están lejos de practicarlas, eran rarísimas en tiempo de FOX MORCILLO. De mí sé decir que no conozco escritor alguno que antes de él las proclamase, fuera del incomparable Juan Luis Vives.

No es menos digno de alabanza en este peregrino tratado el singular amor que FOX MORCILLO profesa á la verdad histórica, inculcando en cada página la máxima, tan moral como luminosa, de que la historia no ha de escribirse para lisonjear el orgullo de una nación ó de un partido, ni para vanagloria del autor, ni por ejercicio académico de estilo, sino en obsequio á la verdad y á la justicia. No oculta al historiador los peligros que ha de acarrearle esta austera consagración al culto de la verdad, y no sólo



reclama de él profundos conocimientos en las divinas y humanas letras, y especialmente en las ciencias jurídicas, sino además largos viajes y haber practicado las costumbres de muchos pueblos é intervenido en negocios de paz y de guerra, viéndolo todo con sus ojos y palpándolo con sus manos. Y lleva tan allá su concepción absoluta de las perfecciones del historiador, que desearía colocarle, si posible fuera, en tal altura, que no llegasen á él los embates de la realidad, sin ser ciudadano de ninguna república ni súbdito de ningún monarca, ni pariente ó amigo de nadie, exento, en suma, de todo vínculo y de toda pasión ó afecto, semejante á un dios helénico que desde la cima del Olimpo contemplase las cosas humanas, sin tomar parte en ellas, con perfecta serenidad y alto sosiego. Nadie ha ensalzado con tan elocuentes frases como FOX MORCILLO el poder y la eficacia social de la historia, que él considera como una pintura ó espejo de la vida humana, como una escuela continuamente abierta á la meditación de los hombres y de las repúblicas.

Pero si tan dignos de remembranza y loa son los escritos literarios de FOX MORCILLO,

todavía raya más alto la estimación que nos inspira cuando recorremos la riquísima serie de sus obras filosóficas, en las cuales vive para nosotros y difunde inmortal aroma la flor del platonismo del siglo xvi, que es tan español como italiano, aunque se le llame por excelencia florentino, no más que por haberse establecido á orillas del Arno sus primeras academias y por haber brillado allí su primer intérprete Marsilio Ficino.

Nunca se presentó tan ardiente y viva la pugna que, más ó menos declarada, ha existido siempre entre los secuaces de Platón y los de Aristóteles, como en los siglos xv y xvi, ó sea en la época llamada del Renacimiento. La autoridad de Aristóteles era casi absoluta durante la Edad Media, en que, por un lado los árabes, sobre todo los averroístas, y por otro los escolásticos, si bien modificando su doctrina y haciéndola pasar por el tamiz del Catolicismo, como es de ver en la maravillosa construcción del Ángel de las Escuelas, habían contribuido á acrecentar su prestigio y afirmar su universal imperio. Pero las relaciones cada día más estrechas entre Italia y Grecia desde las Cruzadas, la reunión transitoria de una parte de

la Iglesia Griega con la Latina en el Concilio de Florencia, y la toma de Constantinopla por los turcos, que arrojó á las playas italianas las reliquias del antiguo saber bizantino, produjeron en el Occidente un poderoso movimiento de variedad é independencia filosófica que vino á socavar la antes indisputada supremacía de Aristóteles. Platón fué el lema que en su bandera escribieron los adversarios del Estagirita. Dos períodos principales pueden señalarse en esta memorable lucha, que constituye uno de los episodios más interesantes de la historia del pensamiento humano. El primero, de oposición declarada y fanática al nombre y á la autoridad de Aristóteles, aparece personificado en el filósofo griego Jorge Gemisto Plethón, que comenzó á enseñar en Florencia el año 1438, siendo acerbamente combatido por otros griegos adictos al Peripato, tales como Jorge de Trebisonda y Teodoro de Gaza. Mas no tarda en iniciarse, cobrando fuerzas paulatinamente, por el cansancio de unos y otros contendientes y por la mejor comprensión de los términos del problema metafísico, la tendencia conciliadora, aunque predominantemente platónica, que apunta en el Cardenal

Bessarión y llega á su apogeo en nuestros eximios filósofos León Hebreo y Fox Morcillo.

El antagonismo entre el fundador de la Academia y el del Liceo, aunque se extiende á todas las esferas de la filosofía, concéntrase principalmente en la doctrina de las *ideas* y la doctrina de las *formas*. En la Edad Media el problema se formulaba de otro modo: llamábase disputa de *los universales*, y se ventilaba en el terreno dialéctico. En los tiempos modernos esta cuestión, que constantemente renace y que no acabará mientras duren las actuales condiciones del espíritu humano, porque en ella sola se resume, hasta cierto punto, toda la filosofía, llámase cuestión *onto-psicológica*, y los sistemas que aspiran á resolverla distingúense con el calificativo de *armónicos*. Pero de cualquier modo que se plantee, ora en el campo metafísico, ora en el cosmológico, ora en el antropológico, la cuestión en el fondo será siempre la misma, es decir, la oposición entre lo absoluto y lo relativo, entre lo universal y lo particular, entre lo incondicionado y lo condicionado, entre el mundo de las ideas y el mundo de los fenómenos, en-

tre lo permanente y lo transitorio, entre lo inmutable y lo fugitivo.

En el siglo xvi se preguntaba: ¿Existe en las cosas algo distinto de las cosas mismas? ¿Tienen éstas valor por sí propias, ó le reciben del principio que las informa? ¿Está la realidad en el fenómeno, ó depende de la idea? La idea misma, ¿es algo real y separado, ó algo real que radica en la mente humana, ó pura abstracción y concepto de la mente? ¿El mundo se explica por las ideas ó por las formas? ¿Cómo podrán estas formas ó estas ideas reducirse á unidad?

Tales preguntas constituyen la llamada cuestión de *Principiis rerum naturalium*. Los aristotélicos, así escolásticos como clásicos ó helenistas, entre los cuales descuella por su profundidad y elegancia el Jesuíta valenciano Pererio, resolvíanla con su doctrina de la composición de los cuerpos de *materia y forma* recíprocamente distintas, siendo la primera como el principio femenino y subordinado, y como el principio masculino, activo y vivificador, la segunda. Los platónicos, por el contrario, encerrados en la altísima región de las *ideas* puras y abstractas de toda materia, para explicar el tránsito

de este mundo ideal al mundo físico, acudían al sobrenatural auxilio de un demiurgo, ó bien declaraban fantástico, engañoso y aparente el mundo de los fenómenos, sosteniendo que sólo tiene valor por las *ideas*, de las cuales es borrosa impresión ó pálido reflejo, y que el conocimiento de éstas constituye la única ciencia, la ciencia del ser, la ciencia de lo real, que ellos, tomando la palabra en una acepción enteramente distinta de la de los aristotélicos, denominaban *Dialéctica*.

Tal era la posición de los dos opuestos campos, del *empirismo* y del *idealismo*, cuando Fox MORCILLO, pertrechado de inmenso saber, bebido en las mismas fuentes de la filosofía griega, y animado por el generoso ardor de su lozana edad, se lanzó á la arena, en son de paz, con su libro inmortal *De naturae philosophia, seu de Platonis et Aristotelis consensione*, el cual produjo tan honda impresión entre los doctos, que en breve tiempo alcanzó repetidas ediciones. (Lovaina, 1554; París, 1560; Witemberg, 1594....)

El autor empieza su libro con una declaración de independencia filosófica análoga á

la de Descartes. «El método que siempre me propuse en mis estudios filosóficos fué no seguir por sistema á ningún maestro, sino abrazar y defender lo que me parecía más probable, ya viniese de Platón, ya de Aristóteles, ya de cualquier otro. No dudo que esta manera de filosofar desagradará á hombres divididos en varias sectas y pertinacísimos en defenderlas; pero juzgo que el amor de la verdad debe anteponerse á toda autoridad humana. Mi fe la reservo para los testimonios divinos y para los de la Iglesia católica, únicos que acato y defiendo en todo, como infalibles y eternos oráculos.»

Fué nuestro FOX MORCILLO uno de los primeros en aplicar á la filosofía el método geométrico, que, partiendo de algunos axiomas, definiciones é hipótesis, va sacando de ellos todo lo restante del discurso. Tal es el orden que siguió en el tratado *De naturae philosophia*. Expongamos en pocas palabras su sistema.

Forma el objeto de la filosofía todo aquello que puede caer bajo el conocimiento humano, ora esté separado de los cuerpos y sólo sea perceptible por la inteligencia, ora esté adherido á la naturaleza corpórea. El

objeto particular de la Física ó Filosofía de la naturaleza no es ni puede ser el ente movable, como algunos peripatéticos afirman: los entes movibles y transitorios no pueden ser materia de ningún conocimiento propiamente científico, porque la ciencia debe elevarse á los principios, á las últimas razones de la composición de todos los cuerpos. Dos procedimientos distintos se han seguido para investigar estas supremas razones. Aristóteles comienza por las cosas sensibles (*in sensum cadentibus*); Platón por las nociones ideales. Pero lo mismo Platón que Aristóteles convienen en suponer un primer principio incorpóreo y eterno, llámese *primera naturaleza* ó *motor primero*. Convienen asimismo en admitir un segundo principio, que Aristóteles apellida *naturaleza segunda* y Platón *alma del mundo*. Y convienen, finalmente, entre sí y difieren de la doctrina católica en enseñar la eternidad del mundo y la incorruptibilidad de la materia, que consideran como una capacidad incorpórea, susceptible de recibir innumerables formas y sujeto de mutaciones infinitas.

¿En qué consiste, pues, la contradicción entre el discípulo y el maestro? Consiste,